

La disciplina

POR EL

SARGENTO

Antonio Marco Tejedor



Trabajo que obtuvo el primer premio en el
Certamen celebrado en el Regimiento
Infantería de Otumba núm. 49 el día 22
de Diciembre de 1903



CASTELLÓN 1904

Imp. Regt.º Otumba núm. 49

67526

edisciplinatus

OTRIMONAS

Antonio Marco Lehrer

POL-2532

Concepto de la disciplina y de la subordinación. Modo de hacerla comprender al soldado; cómo se manifiesta en los actos interiores y exteriores del Cuartel?



La disciplina



La disciplina es el alma
de los ejércitos.

Muñoz y Terrones

Disciplina: Palabra de origen latino. Regla, orden y método en el modo de vivir. Doctrina, instrucción de alguna persona, especialmente en lo moral. (Diccionario R. Barcia.)

La disciplina en la milicia, es la sumisión á todo lo mandado y el fruto de una obediencia ciega y subordinación al superior que nos manda; la abnegación para sufrir las privaciones y penalidades á que está expuesta la vida militar; el sosten más firme del ejército; el compendio de todas las virtudes militares.

Lo primero que aprende el soldado, es obedecer ciegamente á sus superiores, haciendo puntualmente todo lo que se le ordena en asuntos del servicio; condición indispensable para ser buen militar; de la obediencia, nace la subordinación, y de ambas, la disciplina, tan necesaria en todas las corporaciones y sobre todo, en el ejército, defensor del honor Nacional.

Obedecer, es la consigna de todo militar; la obediencia al superior, es deber no sólo de los militares, sinó de todas las clases sociales. En esta vida todos buscamos un fin, pero los hombres, siendo de diferentes talentos y opiniones y pudiendo hacer en virtud de su libertad, el logro de sus aspiraciones por cualquier medio, nunca se unirían para conseguirlo, sinó se sujeta á una autoridad que les dirija y les conduzca al fin apetecido.

Obedecemos á nuestros padres, á nuestros maestros, á los jefes de taller, y á todo aquel que por su edad, talentos, estudios, posición, cargos ó autoridad tiene atribuciones para mandarnos; y si en la vida civil, la obediencia es tan necesaria dentro de cada corporación. ¿Cuánto más necesaria no

será en el ejército, brazo fuerte de la Nación, depositario de su honor? Para que el éxito corone las aspiraciones del que manda, necesita ser obedecido ciégame, como obedeció el Teniente Coronel Schomardín, al General Kleber, que le ordenó detener al enemigo, con sólo cien hombres, diciéndole estas palabras: «Toma una compañía de granaderos, detén al enemigo en ese barranco; tú morirás pero salvarás á tus camaradas». Consiguió detenerlo por breves momentos hasta morir con todos los suyos.

Que necesitamos que nos dirijan y gobiernen, es indudable, pues como hemos dicho antes, por la diversidad de criterios, estudios y ocupaciones cada uno haría algo distinto para obtener tal ó cual fin, sin ponerse nunca de acuerdo para conseguirlo.

Si registramos la Historia, veremos que todos los pueblos, han tenido siempre, sus jefes; vemos los pueblos salvajes, regidos por sus reyezuelos ó caciques; las tribus, por los ancianos ó guerreros que más se han distinguido en guerras anteriores, en estos pueblos, se observa la más estricta subordinación hacia el que manda, pues es-

tán convencidos que sin ella serían destrozados por sus enemigos, y sus individuos pasarían á ser esclavos de los vencedores, y sufrirían toda clases de penalidades y vejaciones; consideran á los jefes como seres semi-divinos, dueños de vidas y haciendas y merecedores de las más altas consideraciones por sus cualidades guerreras ó por sus conocimientos tradicionales, que en la mayoría de los pueblos salvajes, son hereditarios. Tal es la subordinación que se observa en estos pueblos donde existen las diferencias de castas sociales, que las castas inferiores, no pueden pasear por sitios frecuentados por las castas superiores, bajo las más severas penas; tales cosas no suceden en los pueblos civilizados, donde todos somos ciudadanos amparados por leyes humanitarias y protectoras que no admiten tal distinción de clases, leyes que anteponen el mérito propio adquirido personalmente, al heredado. Nuestros jefes, no son los ejecutores de una ley cruel é inhumana, son los maestros que en el Cuartel nos dan una educación sana y edificante; á los analfabetos les ensañan las primeras letras; á los que tienen algunos conocimientos, se los

amplían cultivándolos diariamente, en las escuelas dirigidas por doctos oficiales; en cada superior vemos un maestro que se desvela en educar nuestra inteligencia, inculcándonos nuestros deberes; enseñándonos á obedecer á nuestros superiores y dándonos nociones del sacrificio, del compañerismo bien entendido, de disciplina, urbanidad y del respeto y consideración que debemos á nuestros conciudadanos. Si tales cosas no senseñan, debemos tener ciega confianza en ellos, persuadidos de que todas sus órdenes se inspiran en nuestro bien, y si procuramos tenerles contentos cumpliendo como buenos soldados, considerándolos como otros padres, obrarán según nuestro comportamiento.

Al encargar á una centinela que cumpla su obligación, defendiendo «su puesto con fuego y bayoneta hasta perder la vida»; no es la personalidad de quien le manda, sinó la ordenanza que á todos nos exige sacrificios iguales; al oficial exige que cuando «tenga orden absoluta de conservar su puesto, lo haga á todo trance»; sacrificándonos todos, contribuimos al triunfo de nuestras armas, y por lo tanto al bienestar de la Pa-

trix. El centinela que abandona su puesto ó se duerme, paga con la vida su falta; pero en cambio, las ordenanzas le confieren tal autoridad, que puede en algún caso detener con su bayoneta hasta el rey, y su persona será tan respetada, que ni aún con palabras injuriosas será reprendido.

La obediencia al superior jerárquico, es deber de todo militar, desde el último soldado hasta el Rey inclusive todos tenemos la obligación de obedecer; las jerarquías inferiores á las superiores, y el Rey constitucional las leyes decretadas por el Parlamento, representante de la Nación

Multitud de ejemplos de obediencia podemos citar: El año 1535, durante el sitio de Tunez, el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, al comenzar el ataque de la plaza, se retiró á su puesto por indicación del General en Jefe del ejército, Marqués del Basto; dando con esto una prueba de disciplina y subordinación al General que en aquel momento podía mandarle, sacrificando su orgullo de Emperador, al triunfo de las armas Españolas. En otra ocasión hizo público alarde de haber parado revista como soldado, en la compañía de

un célebre Capitán de su ejército, diciendo al Comisario, en aquel acto: «Apuntad que Carlos de Gante pasa muestra como soldado en la compañía de Antonio de Leiva». En esta forma premiaba el Emperador los servicios prestados por tan ilustre Capitán; pero en cambio en Alemania, sentenció á muerte á Tamayo, por vadirse fuera del campo con un hercúleo tudesco, al que venció en singular convate.

Sin disciplina es imposible la vida de los ejércitos; si dirigimos la vista hacia la antigua Roma, señora del mundo, veremos que la disciplina se observa con el más severo rigor, dando público ejemplo, el hecho de que soldados acampado alrededor de un manzano, no tocasen ni uno solo de sus frutos; siendo castigados hasta con la última pena por delitos que en nuestros días no se considerarían ni aún como grave; Remo es muerto por su hermano, por saltar el foso de la Ciudad, cosa que estaba prohibida: Manlio Torcuato, Postumio y Junio Bruto, dan muerte á sus hijos por faltar á las leyes; los individuos de la legión de Campania, son diezmados por el delito que cometieron saqueando la Ciudad de Reggio;

á tanta altura llegó la disciplina y el honor militar en aquella época, que una legión pidió llorando al César, que les matase, solo porque éste les llama quirites (ciudadanos ó señores), en vez de soldados. Mientras duró tal disciplina, Roma fué la nación más poderosa del mundo, empezando su decadencia, con la indisciplina y la corrupción de costumbres.

El moderno imperio de Alemania, la antigua Prusia, debe su engrandecimiento al célebre Federico *El Grande*, que reorganizó su ejército, estableciendo la disciplina con el más severo rigor; diciendo que el soldado debía tener más miedo al palo del superior, que á las balas enemigas, y alejó del ejército el lujo y la corrupción origen de la decadencia de la antigua Roma.

Ya sabemos que sin la disciplina, sin esa abnegación sublime que sacrifica nuestras más caras afecciones en el cumplimiento del deber, no podemos tener esa fortaleza de espíritu tan necesaria para despreciar los peligros y vencer las dificultades, que con tanta frecuencia se le presentan al que viste el honroso uniforme militar. Son estas virtudes tan necesarias, que sin ellas

no es posible el verdadero amor á la Patria; sírvanos á todos de estímulo los siguientes ejemplos de heroica abnegación.

«Hallabáse Pórsena, rey de los etruscos, sitiando á Roma, por los años 507 de nuestra era; cuando, Cayo Mucio (Escévola) joven patriota romano, formó la resolución de librar á su patria de aquel peligro, salió de la Ciudad se introdujo en el campamento y llegó á la tienda de Pórsena con el propósito firme de darle muerte; pero engañado por el traje, hirió equivocadamente á su secretario. Preso é interrogado en el instante, no solo confesó su intento, sino que, metiendo la mano en un brasero en el que ardían perfumes, la dejó tostar, exclamando con la mayor serenidad y entereza: *Así castigo yo el error de mi mano*; y como añadiese luego, volviéndose al monarca, que trescientos jóvenes romanos habían jurado con él matarle ó perecer, aterrízose aquel, se apresuró á levantar el sitio y firmó la paz con Roma.» ⁽¹⁾

Siendo Gobernado de la plaza de Tarifa, don Alonso Pérez de Guzmán, fue sitiado

(1) Diccionario de R. Barcia.

por el traidor Infante don Juan, hijo del rey don Alfonso X, que al frente de un numeroso ejército africano, intentó hacerse dueño de la plaza; después de infructuosas tentativas, amenazó á don Alonso con degollar á su hijo, (el cual estaba en su poder), si no le entregaba la ciudad; á lo que contestó éste, arrojando desde el adarve su propio cuchillo: «antes quiero que me matéis ese hijo, y otros cinco si los tuviere, que daros una villa que tengo por el rey.» ⁽¹⁾

El cobarde infante, degolló al niño, delante de las murallas, arrojando después la cabeza á la plaza; este hecho solo sirvió para que el fiel gobernador, la defendiera con más tesón, hasta que el infame don Juan, levantó el sitio; retirándose cubierto de oprobio y vergüenza. Por hecho tan memorable, la Historia, reconoce á don Alonso Pérez de Guzmán con el sobrenombre de *Guzmán el Bueno*.

En las guerras de Italia, sostenidos entre el rey de España Cárlos 1.º y Francisco

(1) Dijo (Crónica) que antes quería que le matasen aquel hijo y otros cinco si los tuviere que non darle la villa del rey su señor de que le hiciera omenage. Capítulo X. (Historia Lafuente.)

1.º de Francia; después de la batalla del Tesino en la que fueron derrotados los franceses por las tropas españolas; emprendieron aquellos una desastrosa retirada hacia los Alpes, siendo perseguidos por el ejército español que mandaba el Condestable duque de Borbón, un bravo y célebre Capitán francés, que fué traidor á su patria y á su rey, por agravios recibidos de éste, al que le juró odio eterno. Al ser alcanzados los franceses por los nuestros: un distinguido caballero francés llamado Bayardo, y á quien sus compatriotas califican de *sin miedo y sin tacha*, se sacrificó con toda la caballería puesta á sus órdenes, con el fin de dar tiempo al ejército para ponerse en salvo. Herido mortalmente y ya moribundo, ordenó que le apoyasen en un árbol vuelta la cara al enemigo; al llegar el duque de Borbón, le inspiró gran compasión verle en aquel estado, apercibido Bayardo le dijo: «Muero, con la tranquilidad del hombre honrado que siempre cumplió su deber; no tengáis compasión de mí; los dignos de lástima son aquellos que combaten contra su rey, su patria y sus juramentos», y estampando un ardiente beso en la cruz de su es-

pada, exhaló el último aliento de vida.
(1524)

El Duque, quedó confundido ante esta acusación hecha por un moribundo; pero no obstante esto, continuó al servicio del rey de España, contribuyendo poderosamente al desastre de los franceses en la célebre batalla de Pavía, en la que cayó prisionero el rey de Francia,

A pesar de todas sus glorias militares, el Duque, siempre fué mirado con desprecio por la altiva nobleza castellana, que no veía en él, más que un renegado de su patria.

Tres años después (1527) murió desastrosamente en el asalto de Roma; para dar ejemplo, fué el primero en trepar por una escala puesta por sus propias manos, recibiendo un balazo en la cabeza que le privó de la vida, cayendo en el foso entre un montón de cadáveres. Sus cantos funerales, fueron los lamentos de un pueblo saqueado por una turba de soldados ambrientos é indisciplinados, que cometieron toda clase de excesos cebándose en sus víctimas, cual manada de hienas embriagadas en canival festin.

En la pasada guerra de Cuba, el heróico

soldado, Eloy Gonzalez, conocido por todos los españoles con el glorioso sobrenombre del *Héroe de Cascorro*; salvó su destacamento, exponiendo su vida generosamente, prendiendo fuego al fuerte que guarnecían los insurrectos enemigos. Por acción tan hermosa, fué condecorado con la cruz de los héroes; la Laureada de San Fernando. Muerto poco tiempo después, la Patria le dedicó un cariñoso recuerdo para perpetuar su memoria, erigiéndole una estatua en Madrid, siendo descubierta con gran solemnidad por S. M. el Rey don Alfonso XIII. Los que expusieron su vida en el cumplimiento del deber, en las páginas de la Historia, tiene gravadas con letras de oro, hazañas tan gloriosas, y sus nombres fulguran cuales astros luminosos, reflejando su luz intensa en todos los ámbitos del mundo, mientras los nombres de los que fueron traidores á su Patria y faltaron á sus juramentos, son execrados por todas las generaciones. Sin disciplina, sin esa abnegación en que se sacrifican nuestras más caras afecciones en aras de la Patria, no puede vivir el ejército encargado de su custodia.

Al pasar la primera revista de comisario,

juramos á Dios y prometemos al Rey el seguir constantemente sus banderas, defenderlas hasta perder la última gota de nuestra sangre, y no abandonar al que nos esté mandando en acción de guerra ó en disposición para ella.» En virtud de este juramento, quedamos obligados á obedecer y respetar á nuestros superiores en todo lo que nos manden concerniente al servicio. Nunca debemos faltar á lo que juramos ante la cruz formada con la enseña de la Patria y el sable de nuestro Jefe; no debemos olvidar, que este juramento lo hicimos ante el sacerdote, representante de N. S. Jesucristo, en la tierra, que nos lo demandará si faltamos á él.

El soldado Español, que forma en su pecho un santuario al honor, no debe olvidar su dignidad, ni esas cualidades que contribuyen al hombre honrado fiel cumplidor de su palabra.

Imitemos al *Gran Capitán*, Gonzalo Fernández de Córdoba; en la gloriosa batalla del Garellano, que estando frente al ejército francés, fuerte y numeroso le aconsejaron que se retirase con sus tropas á la ciudad de Cápua, para librarse del frío y

de la lluvia que caía á torrentes, á lo que contestó con acento firme: «Permanecer aquí es lo que importa al servicio del Rey y al logro de la victoria; y tener entendido que más quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo, dando uno solo hacia atrás.» En el fragor del combate, resbaló su caballo cayendo con él al suelo; todos acudieron en su socorro, cuando se levantó exclamando: «Brabo, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere». Con su abnegación y valor, se cubrió de gloria en aquella jornada, una de sus más renombradas victorias. Hoy la Patria le honra colocando su busto en el Ministerio de la Guerra, y sus campañas son estudiadas por todos los amantes de las glorias nacionales.

*
* *

En la vida del Cuartel el soldado, manifiesta su disciplina; haciendo todos los servicios que le toquen con puntualidad y en la forma que previenen los Reglamentos sin quejarse nunca de las fatigas que estos exijan; la centinela cumpliendo fielmente

la consigna y observando estrictamente sus obligaciones, pues de ella depende la tranquilidad y quietud del Cuartel, y en campaña, la seguridad de un ejército; presentándose con aseo, y vistiendo con propiedad, á todas las revistas que pasen los superiores; pues no hay nada que hable tan bien del soldado, como su puntualidad en el servicio, su limpieza personal, y el aseo de todas sus prendas; pasando los ratos de ocio, en prácticas militares, y leyendo obras que ilustren su inteligencia; pues al mismo tiempo que desarrolla sus músculos en ejercicios higiénicos adquiere, conocimientos que pueden ser útiles, no solamente al soldado estudioso, sinó á sus conciudadanos; pues al ser licenciado llevará en su imaginación, ideas que antes no ha podido desarrollar en su mente, por falta de los estudios que hasta su ingreso en filas no ha podido emprender, por la índole de trabajos que hasta entonces ha tenido que dedicarse para ganar su sustento; estas ideas, las difundirá entre los suyos, que verán en él un nuevo estímulo para servir á la Patria. Cumpliendo en esta forma, habrá llenado las aspiraciones de sus superiores,

que no desean más que ver buenos soldados, amantes de su Patria, sin vicios que deshonren el uniforme militar, y hombres que en algún día puedan ser el orgullo del pueblo que los vió nacer.

Hoy, ya no es el soldado español, como antiguamente, un hombre lleno de vicios y malas pasiones, que viene al Cuartel á pagar sus desmanes, es un ciudadano honrado, que cumple sus deberes sirviendo á la Patria, para defender su honor y su libertad, derramando su sangre, no por el estímulo del botín, ni por temor al palo, distintivo que antes distinguía á los cabos, sinó por el amor á la gloriosa Enseña nacional. Para dar una pequeña idea de lo que era en aquellos tiempos el soldado, citaremos el ejemplo siguiente: Después de ganar el *Gran Capitán*, Gonzalo de Córdoba, la batalla de Cerinola én la que murió el General francés Duque de Nemours; entró en Nápoles triunfalmente, precedido de los síndicos de la ciudad. Quedaban por ganar los dos castillos de Nápoles, y el *Gran Capitán* ofreció á los soldados encargados de su conquista, las inmensas riquezas que en ellos encerraban los franceses. Las

fortalezas fueron tomadas; algunos soldados quejosos de su mala fortuna en el botín comenzaron á murmurar, esto llegó á oídos del general que con su acostumbrada hidalguía, les dijo: «Id á mi casa, ponedla toda á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra mala fortuna.» Aquellos valientes; pero indignos de ostentar el honroso uniforme de soldados, aceptaron, y ayudados de una parte del pueblo, gente de baja estofa, asaltaron el palacio de su general, el cual fué saqueado hasta el extremo de no dejar mas que las paredes. Esta acción tan villana, solo es propia de gentes depravadas y ruines, que en aquéllos tiempos nutrían el ejército, usando el hanroso título de soldados españoles.

Tal vez hayamos estado algo severos al juzgar aquellos soldados, pero la razón se subleva ante hechos tan bochornosos, sin tener en cuenta las costumbres de aquéllos tiempos, en que el ejército se componía de masas heterogéneas, italianos, bávaros, walones, alemanes y húngaros, todos mercenarios, que faltos de recursos por las pagas que se les adeudaban, cometieron aquellas tropelías. No son estos suficientes moti-

vos para disculparles; pero es un atenuante como lo es tambien, su disciplina y valor en el combate, virtudes estimuladas por el ejemplo que recibían de nuestra gloriosa Infantería, que pobre y mal atendida, derrotó en cien batallas al poderoso francés, guiada por las victoriosas espadas del *Gran Capitán*. Pedro Navarro, Paredes, Antonio de Leiva, Alarcón, Marqués del Basto, etc. nombres gloriosos que van unidos á hechos increíbles, realizados por las tropas españolas. Observamos también en estas guerras, que los generales extranjeros que combatían en nuestras filas, como son: el Condestable de Borbón, Colonna, Filiberto de Saboya y otros, solo ansían el mando directo de los peones españoles, pues con ellos van seguros á la victoria, lo cual nos demuestra la preponderancia que tenían sobre los demás, por su disciplina y bravura sin límites.

*
* *

No solamente debemos demostrar nuestra disciplina en el Cuartel, sinó en todas partes, pues hemos de tener el íntimo convencimiento de que esta virtud nos enaltece en donde quiera que nos hallemos; por

lo tanto, debemos demostrar la educación que hemos recibido, no con prácticas superficiales de algunas reglas de cortesía, sino en la manera de hacernos querer, dando público ejemplo de moralidad y buenas costumbres; siendo afable en el trato con todo el mundo; no deshonrando el uniforme que ostentamos, frecuentando tabernas, casas de juego y de mala nota; nó cometiendo actos que desdigan de la educación militar, actos repetidas veces prohibidos en las Ordenanzas; no omitiendo nunca el saludo á nuestros superiores, á los sacerdotes ni á las autoridades civiles; pues además de ser una demostración de respeto que les debemos, tanto á las autoridades militares como civiles, cumplimos fielmente todo lo mandado, que es la verdadera disciplina.

Los militares debemos estar siempre, al lado de las autoridades en cualquier caso que éstas necesiten nuestra ayuda, reclamando siempre el puesto de mayor peligro; al lado de la justicia y de la razón, respetando y haciendo respetar las leyes; pues tanto en paz como en guerra, en el interior del Cuartel como en paseos, el soldado español debe distinguirse en todas partes «y acreditar la instrucción que se le ha dado.»

F I N

